

# Karlygash Altayeva

«En mi país se necesita capital humano cualificado»



Karlygash Altayeva

Es curioso que en el estado sin litoral más extenso del mundo conozcan la filosofía del Athletic. Un ejemplo es Karlygash Altayeva, una estudiante de Kazajistán, que seguía la trayectoria del equipo rojiblanco desde su país. Aficionada al fútbol desde pequeña, había oído hablar de Bilbao, pero no podía imaginarse que acabaría viviendo en la capital vizcaína varios años de su vida. Aterrizó en la villa en febrero de 2009 para disfrutar de la beca Erasmus Mundus —el programa europeo de cooperación internacional— y hacer un MA en Eurocultura. En la actualidad trabaja con ahínco en su doctorado sobre Competitividad Empresarial y Desarrollo Económico y, al mismo tiempo, ejerce de

asistente de investigación en el Instituto Vasco de Competitividad, Orkestra. Y aún espera pasar un par de años más en Euskadi antes de regresar a su país y difundir todo lo aprendido.

Tiene muy claras sus metas y siempre ha luchado por ellas. Se formó en la Universidad Estatal de Karaganda, con especialidad en Relaciones Internacionales. Unos estudios que acabó con Diploma de Honor. Conocedora de la valía de hablar varios idiomas y de la importancia en su carrera, estudió alemán en el colegio y chino en la universidad. Reconoce que no maneja a la perfección estas lenguas, pero sí el ruso y el kazajo. A este listado puede sumar el

inglés que habla muy bien y el castellano, un idioma que le atrajo para elegir España entre seis países más de la Unión Europea y cursar así el programa Erasmus. «Había oído canciones españolas y siempre me había parecido una lengua suave y bonita. Además, el Gobierno de mi país manda cada año a 3.500 jóvenes a estudiar con becas en el extranjero. Y en el listado de países no están las universidades españolas. Así que la mayoría viene hablando sólo inglés u otro idioma con diccionario». Dominar el castellano aumenta sus oportunidades laborales.

La alegría de viajar a España fue doble cuando se enteró de su destino: Bilbao. Conocía a su equipo de fútbol y también que tenía cerca el agua. «¡Estoy muy emocionada por vivir cerca del mar!», confiesa con una sonrisa. Nunca olvidará el día que llegó a la capital vizcaína. Dejó atrás un invierno duro con temperaturas que a veces rondaban los 43 grados bajo cero. «Aquí el clima es muy suave. Era de noche y pensé que de repente estaba en primavera». Eso que era febrero y llovía sobre el Botxo. Sólo descansó unas horas para ponerse en marcha y comenzar su andadura en la Universidad de Deusto. Y le sorprendió la antigüedad del centro, así como el acercamiento del profesorado con los estudiantes. «Me chocó que se tutee a los docentes. En mi país eso es impensable y les tenemos que tratar de usted. Hay mucha libertad en las aulas. En Kazajistán nunca llegamos tarde a clase y aquí la gente entra y sale cuando quiere. Yo estoy acostumbrada a más disciplina».

Ya en la calle, paseando por la ciudad, le sorprendió lo limpia que está y «la amabilidad» de la gente. Además de estos detalles, se quedó impresionada por la mezcla de la arquitectura moderna con la más clásica y, a su vez, se dejó embaucar por la vanguardia y la pulcritud del metro. «Conozco a Norman Foster, ya que muchos

edificios de la nueva capital —Astana— fueron proyectados por él. Por ejemplo, el centro de entretenimiento Khan Shatyr; y la pirámide de la Paz que fue construida especialmente para acoger el Congreso de Dirigentes de Religiones Mundiales y Tradicionales».

Otro aspecto que despertó su atención, pero en negativo, fue el individualismo de la sociedad. «Me impresiona ver a tanta gente mayor cuidada por inmigrantes. En mi país por tradición se da mucha importancia a la familia. Nosotros cuando tenemos 18 años aún ayudamos y estamos con nuestra familia. Y aquí los jóvenes son más independientes. Cuando hablas con estudiantes locales te das cuentas de que sólo piensan en su futuro, y eso me parece bien. Pero yo también pienso cómo voy a ayudar a mis padres cuando regrese, ya que ellos han invertido mucho en mi educación», matiza. El tono alto de los vascos también le estrechaba al principio, así como que la gente pase tan tarde por el altar. «Eso es muy triste. En mi país se casan entre los 18 y 24 años». De hecho, los amigos de la escuela de esta estudiante de 25 años ya tienen su segundo hijo.

Valora positivamente el respeto a las leyes públicas de aquí y le gustaría trasla-

dar ese acatamiento a Kazajistán, donde la corrupción sigue presente. Pero también traería valores de su tierra al País Vasco como la responsabilidad de cuidar de los padres cuando éstos ya son mayores. De una manera u otra, Altayeva se siente orgullosa de pertenecer a esta región euroasiática y omite las noticias negativas para centrarse en el desarrollo. «Es una democracia joven, tan sólo tiene 20 años, está aún en construcción y ha recorrido un largo camino en muy poco tiempo. Hay que darse cuenta de que ha habido que cambiarlo todo, puesto que hemos pasado de una sociedad comunista a una sociedad de economía de mercado liberal».

Esta alumna kazaja es una chica joven con aspiraciones que le gustaría tener una familia, pero que quiere antes demostrar su valía en el plano laboral. «Mi mamá me dice que tengo que ser una madre. Pero mi país necesita capital humano cualificado. Ahora estamos aquí por el conocimiento para luego emplearlo todos en el desarrollo de mi país». Su afán es mostrar a su vuelta su desarrollo personal entre la gente con diferentes culturas, religiones y la diversidad de opiniones políticas. Es decir, sus habilidades sociales. No obstante, lo más importante para ella es transmitir el conocimiento que ha conseguido en la

Universidad de Deusto, «tanto en estudios universitarios como con el conocimiento de un nuevo idioma, el castellano», puntualiza. Trabaja en ese sentido y está en camino para lograr ese objetivo.

Aún le quedan uno o dos años más para conseguir completar su formación y, mientras tanto, aprovecha para conocer el resto de Vizcaya y «viajar más barato» por Europa. «Aquí las fronteras están abiertas y los billetes me cuestan poco». Ya ha recorrido Francia, Polonia, Austria, Alemania, Italia y Holanda. Pero es lógico que eche de menos muchas costumbres de su casa, aparte de su familia y amigos. Tiempo tuvo para rememorar todas las tradiciones de su país en la celebración que llevaron a cabo los siete estudiantes kazajos de la Universidad de Deusto con motivo de la bienvenida a la primavera. Lo festejaron el 25 de marzo, aunque en su país se lleva a cabo tres días antes, pero lo importante fue hacerla en «el momento en el que se equiparan las horas de luz del día, con las de la noche». Con los vestidos nacionales y una bandera de su país, Altayeva y sus compatriotas degustaron la *nauryz kozhé*, la sopa de carne típica de esta ex república soviética de Asia central.

Iratxe Bringas



### Fusión de culturas en la Universidad de Deusto durante una fiesta de fin de curso en la que los estudiantes internacionales compartirán trajes y platos típicos

Al igual que la Fiesta Nuryz, Garate Internacional (Deusto Campus Fe) también celebró el 6 de mayo un encuentro de fusión de culturas, en el que participaron estudiantes tanto internacionales como locales. Una alumna de Indonesia habló sobre su país, cocinó sus platos típicos y bailó una danza de bienvenida. Desde México, alumnos dieron a conocer su cultura y sus canciones y desde Euskadi, su cultura, bailes y música. Como era la despedida del curso, los estudiantes invitados vistieron sus trajes regionales y compartieron sus platos típicos.



Igualmente, organizado por Garate Internacional, el 9 de mayo hubo una mesa redonda, en inglés, titulada «Experiencia de Dios», en la que estudiantes extranjeros de distintos credos compartieron sus experiencias de fe.